

COMUNIDADES



Un vecino transportaba el 27 de noviembre una garrafa de agua mineral en Pozoblanco (Córdoba). / PACO PUENTES

Los 80.000 habitantes de la sierra norte de Córdoba exigen una solución al problema de abastecimiento de agua del grifo, prohibida para beber desde abril

Vivir pegados a una garrafa

EVA SAIZ, Pozoblanco

Los 80.000 habitantes de las comarcas de Los Pedroches y El Guadiato —en el norte de Córdoba— se han acostumbrado a vivir cargando con garrafas de agua y a desconfiar de la que sale de sus grifos. Desde el 14 de abril tienen prohibido beber o cocinar con el agua que viene de la red pública de abastecimiento por los altos niveles de carbono orgánico total (COT), pero muchos tampoco se fían de utilizarla para ducharse, enjuagarse los dientes o lavar los alimentos, porque han empezado a sufrir o se han agravado sus problemas en la piel en estos últimos meses. La suspicacia se ha extendido a la que suministran los camiones cisterna, ante los que también han normalizado hacer cola para rellenar sus garrafas, porque notan que no sabe ni huele igual que la mineral. “Esa la utilizamos solo para cocinar o lavarnos la boca”, dice Antonio Ronchal, jubilado que acaba de rellenar cuatro bidones en la plaza de Santa Catalina de Pozoblanco.

“Hemos normalizado esta situación. Hacemos colas con las garrafas y miramos al cielo a ver si llueve. La gente está muy adormecida”, dice Elena López. Supo que estaba embarazada en marzo, un mes antes de que se decretara la prohibición. “Todo ese tiempo estuve bebiendo agua contaminada”, señala. En mayo comenzó a tener picores y problemas en la piel hasta el punto de acudir a urgencias en varias ocasiones. “Tuve que irme de aquí para bañarme en condiciones. He pasado días llorando, han sido momentos de pesadilla. Aquí han cometido un delito contra la salud pública”, sostiene. Fue de las primeras en movilizarse para pedir explicaciones y soluciones.



Un pez muerto en una orilla del embalse de La Colada, en El Viso (Córdoba), el 27 de noviembre. / P.P.

Acaba de dar a luz y no se plantea que su bebé entre en contacto con el agua de boca de Pozoblanco. Lo mismo va a hacer Cristina García, embarazada de siete meses. Sin la prohibición su embarazo hubiera sido diferente. “No puedo cargar garrafas así que me siento como una inútil”, explica. Tampoco se fía del agua que suministran las cisternas: “Unos días huele a lejía, hay quien dice que tiene posos...”, por eso va a Córdoba a rellenarlas.

El drama de la falta de agua de boca en el norte de Córdoba se viene gestando de lejos. La sequía —que ya se declaró en 2021— ha hecho aflorar la dejadez de las administraciones para construir las infraestructuras necesarias que garanticen el abastecimiento a través de conexiones entre embalses y la construcción de depuradoras. El pantano de Sierra Boyera que surte a los 24

municipios de las dos comarcas fue el primero que se secó en España, en marzo de este año. Se decidió entonces bombear el suministro del vecino pantano de La Colada, pese a que un año antes se había prohibido el baño por el mal estado del agua. Un mes después, la Junta vetaba su consumo por los altos niveles de COT. La Diputación de Córdoba —que ha abandonado el proyecto de construir una depuradora— y la Junta presentaron a finales de septiembre un plan que prevé destruir las algas de La Colada, que consideran que origina el COT y hacer mejoras en la estación potabilizadora de Sierra Boyera, una obra que estará terminada en seis meses. La Administración provincial, sin embargo, defiende que la mejor solución sería que el Ejecutivo central culminara la unión de ambos pantanos con el de Puente Nuevo para

“Han cometido un delito contra la salud pública”, sostiene una embarazada

La sequía ha hecho aflorar la dejadez en la construcción de infraestructuras

mezclar las aguas y rebajar los índices de COT. El Gobierno ha confirmado que no ejecutará el trasvase —que se eliminó del Plan Hidrológico— y recuerda que la Diputación sabía desde hace dos años que tenía que construir una depuradora. Mientras tanto, la solución más efectiva solo pasa por que lleguen unas lluvias que siguen siendo esquivas.

Con los ojos en Doñana

La falta de empatía hacia los problemas que supone no poder beber del grifo y la demora en presentar una respuesta por parte de las administraciones ha incrementado la sensación de abandono que sienten los habitantes de la sierra norte cordobesa y que se ha traducido en cierta apatía por parte de la población. “Hay desinterés entre la gente y los políticos y por eso tampoco hay urgencia por resolver este asunto”, sostiene Miguel Aparicio, presidente de la Plataforma Unidos por el Agua, constituida este verano precisamente para romper con esa apatía y llamar la atención sobre la necesidad de encontrar una respuesta duradera y sostenible a los problemas de abastecimiento de las comarcas.

El plan de la Diputación no les convence porque consideran que no resuelve el problema de manera definitiva y exigen que el agua de La Colada no llegue a los grifos mientras esté sin potabilizar. Aparicio recuerda cómo hace años la movilización ciudadana fue determinante para impedir que se instalara un cementerio nuclear o para que allí parara el AVE. “Con el agua está siendo más complicado. España está muy polarizada, aquí los alcaldes y los partidos han utilizado esto y han dividido a la gente. Esto no es una cuestión de culpas, nos afecta a todos, debería llegarse a un gran acuerdo como en Doñana”, abunda.

Ronchal acude cada cuatro o cinco días al centro de la localidad cordobesa con su coche. Para aprovisionar a las personas mayores o enfermas que no pueden desplazarse o en el caso de residencias o colegios alejados de los puntos donde se instalan los camiones cisterna están los voluntarios de Protección Civil que cada mañana, de manera gratuita, reparten las garrafas. El CIES Virgen de Luna es uno de los que se abastece gracias a esa ruta. “Les hemos pedido a los padres que metan en las mochilas dos botellas y otra más grande para el comedor”, explica su directora, Pilar Reyes, que reconoce que muchos tutores pagan de su bolsillo botellas para los alumnos. Reyes reconoce que al principio todo fue un poco caótico. “Había que estar muy encima de los más pequeños para que no bebieran agua del grifo. Pero ya lo hemos normalizado”, se lamenta.

Este enquistamiento ha obligado a muchos negocios a replantearse su viabilidad. María Reina regenta una casa de turismo rural a un kilómetro de Pozoblanco. En estos ocho meses ha pasado de plantearse arrendar la vivienda para largas temporadas, porque no daba abasto de tantos visitantes, a contemplar esa alternativa como su única opción de sacar rentabilidad a la casa, ya que apenas hay clientes fuera de